

hayan leído, aunque sólo haya sido abriendo el libro por casualidad ó por distracción, una aversión profunda por las señoritas educadas en un colegio de internas, y con esto solamente ya se habrán prestado grandes servicios á la causa pública.

## MEDITACIÓN VII

### DE LA LUNA DE MIEL

Si nuestras primeras Meditaciones prueban que es casi imposible en Francia que una mujer casada conserve su virtud, la enumeración de los célibes y de los predestinados, nuestras observaciones sobre la educación de las jóvenes y el rápido examen que hemos hecho de las dificultades que ofrece la elección de esposa, explican, hasta cierto punto, esta fragilidad nacional. Así es que, después de haber declarado con franqueza la sorda enfermedad que mina al estado social, hemos buscado sus causas, y son éstas la imperfección de las leyes, la inconsecuencia de las costumbres, la incapacidad personal y las contradicciones de nuestros hábitos. Un solo hecho nos resta, pues, que observar: la invasión del mal.

Entramos en este principio, abordando las importantes cuestiones que en sí encierra la luna de miel; y, al mismo tiempo que nos servirá esto de punto de partida para estudiar todos los fenómenos conyugales, será el brillante eslabón que encadene nuestras observaciones, nuestros axiomas y nuestros problemas: anillos estos sembrados de intento en medio de las sabias locuras de nuestras parleras Meditaciones. La luna de miel será, por decirlo así, el apogeo del análisis á que teníamos que entregarnos antes de poner frente á frente á nuestros dos imaginarios campeones.

La expresión *luna de miel* es un anglicismo que pasará á todos los idiomas por lo bien que expresa esa época fugitiva del matrimonio en que la vida es tan dulce y está tan llena de encantos; prevalecerá, como prevalecen las ilusiones y los errores, porque es la más odiosa de todas las mentiras. Si se presenta como una ninfa coronada de frescas

flores y acariciadora como una sirena, es porque es la personificación de la desgracia, y la desgracia llega casi siempre jugueteando.

Los esposos destinados á amarse toda la vida no conciben la luna de miel; para ellos no existe, ó mejor dicho, existe siempre: son como aquellos inmortales que no concebían la muerte. Pero esta felicidad no es objeto de nuestro libro; y, para nuestros lectores, el matrimonio está bajo la influencia de dos lunas: la luna de miel y la luna de hiel. Esta última termina con una revolución que la transforma en creciente perpetuo, y, cuando brilla en un hogar, es para siempre.

¿Cómo puede iluminar la luna de miel á dos seres que no han de amarse?

¿Cómo puede ocultarse una vez que ha aparecido en el horizonte?...

¿Tienen todos los matrimonios su luna de miel?

Procedamos con orden para resolver estas tres cuestiones.

La admirable educación que damos á las jóvenes y las prudentes costumbres y leyes que imperan en el casamiento de los hombres, van á dar aquí todos sus frutos. Examinemos las circunstancias que preceden y acompañan á los matrimonios menos desgraciados.

Nuestras costumbres desarrollan en la joven á quien vais á hacer vuestra esposa una curiosidad naturalmente excesiva; pero como las madres en Francia tienen la presunción de poner todos los días al fuego á sus hijas sin permitir que se quemem, esta curiosidad no tiene límites.

Una ignorancia profunda de los misterios del matrimonio oculta á esta criatura, tan cándida como astuta, el conocimiento de los peligros á que aquél la expone; y presentándosele sin cesar el matrimonio como una época de tiranía y de libertad, de goces y de predominio, sus deseos crecen con el interés de lo que se espera satisfacer en breve tiempo: para ella el casarse es pasar de la nada á la vida.

Si tiene impreso en su alma el sentimiento de la dicha, la religión, la moral, las leyes y su madre le han repetido mil veces que esta dicha sólo puede venirle de su marido.

La obediencia es en ella una necesidad, cuando no es una virtud; pues lo espera todo de su esposo. En principio, las sociedades consagran la esclavitud de la mujer, pero ella no se atreve á desear el rompimiento de sus cadenas, porque se considera débil, tímida é ignorante.

A no ser que haya algún error debido á la casualidad, ó alguna repugnancia que sería imperdonable que el esposo no hubiese adivinado, la mujer trata de agradarle, puesto que no le conoce.

Por último, para facilitar vuestro triunfo, tomadla en el momento en que la naturaleza solicita, muchas veces con energía, los placeres que podéis concederle. Como san Pedro, vosotros tenéis la llave del paraíso.

Ahora pregunto yo á esta criatura razonable: ¿pondría un demonio en torno de un ángel, cuya perdición hubiese jurado, los elementos de su desgracia, con tanta solicitud como los ponen las buenas costumbres para conspirar contra la dicha del marido?... ¿No sois vosotros algo así como un rey rodeado de aduladores?

Entregada con todas sus ignorancias y sus deseos á un hombre que, aunque esté enamorado, no puede ni debe conocer sus costumbres secretas y delicadas, ¿no se mostrará vergonzosamente pasiva, sumisa y complaciente durante todo el tiempo en que su infantil imaginación la persuada de que espere el placer ó la felicidad hasta un día que no llega nunca?

En esta extraña situación en que las leyes sociales y naturales se contradicen, una joven obedece, se entrega, sufre y calla por interés propio. Su obediencia es una especulación; su complacencia una esperanza; su abnegación una especie de vocación de que os aprovecháis; su silencio generosidad. Mientras que no os comprenda, será víctima de vuestros caprichos; sufrirá vuestro carácter hasta que lo haya estudiado; se sacrificará sin amar, porque cree en la apariencia de pasión que le mostráis en el primer momento de la posesión; pero no se callará ya más el día en que haya reconocido la inutilidad de sus sacrificios.

Entonces, llega un día en que todos los contrasentidos que han presidido á esta unión se levantan como las ramas de un árbol que han estado momentáneamente inclinadas bajo algún peso y que después se ven aligeradas poco á poco. Habéis tomado por amor la existencia negativa de una joven que esperaba la dicha, que volaba al encuentro de vuestros deseos, con la esperanza de que vosotros salieseis también al encuentro de los suyos, y que no se atrevía á quejarse de las desgracias secretas de que era la primera en acusarse. ¿Qué hombre no sufriría un desengaño ante una

decepción preparada de tanto tiempo atrás y en la que una esposa es inocente, cómplice y víctima á la par? Sería preciso ser un Dios para escapar á la fascinación con que os rodea la naturaleza y la sociedad. ¿No son todo asechanzas en torno vuestro y en vuestro propio interior, ya que para ser felices tenéis que defenderos de los impetuosos deseos de vuestros sentidos? ¿En dónde está para contener á éstos esa poderosa barrera que levanta la ligera mano de la mujer á quien se desea agradar porque no se la posee aún?... Habéis hecho revistar y desfilar vuestras tropas cuando no había gente en las ventanas. Habéis quemado fuegos artificiales de los que sólo han quedado las cañas cuando vuestro convidado se presenta para verlos. Vuestra mujer estaba ante los placeres del matrimonio como un mohicano en la ópera: el maestro se aburre cuando el salvaje empieza á comprender.

## LVI

En el matrimonio, el momento en que dos corazones pueden entenderse es tan rápido como un rayo, y una vez que pasa ese momento, ya no vuelve.

Este primer ensayo de vida común entre dos seres, en el que animan á la mujer la esperanza de la felicidad, el sentimiento virgen aun de sus deberes de esposa, el deseo de agradar, la virtud tan persuasiva en el momento en que son compatibles el amor y el deber, se llama Luna de Miel. ¿Cómo ha de durar mucho tiempo entre dos seres que se asocian para toda la vida sin conocerse bien? ¿Si de algo hay que asombrarse, es de que los deplorables absurdos acumulados por vuestras costumbres en torno del lecho nupcial hagan nacer tan pocos odios!...

Que la existencia del hombre moderado sea un arroyo apacible y la del pródigo un torrente; que el niño cuyas imprudentes manos han deshojado todas las rosas en el camino, no encuentre más que espinas; que el hombre que en su loca juventud ha devorado un millón no pueda gozar ya, durante su vida, de los cuarenta mil francos de renta que este millón le hubiese dado, son verdades triviales, si se refieren á la moral, y nuevas, si se aplican á la conducta que siguen ya casados la mayor partede los hombres. He ahí

las imágenes verdaderas de todas las lunas de miel; esta es su historia, este es el hecho y no la causa.

Pero que hombres dotados de cierta potencia intelectual, gracias á una educación privilegiada, acostumbrados á hacer profundas combinaciones para brillar, ya en política, ya en literatura, en las artes, en el comercio ó en la vida privada, se casen con ánimo de ser felices, de gobernar á una mujer por medio del amor ó de la fuerza, y caigan todos en el mismo lazo, convirtiéndose en necios después de haber gozado de alguna felicidad durante algún tiempo, es un problema cuya resolución reside más bien en las desconocidas profundidades del alma humana, que en la especie de verdades físicas con que nosotros hemos procurado ya explicar algunos de estos fenómenos. La peligrosa investigación de las leyes secretas que casi todos los hombres violan en este caso sin apercibirse de ello, ofrece bastante gloria, aun para el que fracasase en esta empresa, y por eso la intentamos. Probemos, pues.

A pesar de cuanto digan los necios sobre la dificultad que encuentran para explicar el amor, hay en él principios tan infalibles como los de la geometría, sólo que, como cada individuo los modifica á su gusto, le damos la dominación de caprichos, cuando en realidad éstos sólo son producto de nuestras innumerables organizaciones. Si nos fuese posible ver los varios efectos de la luz sin percibir su principio, el sol, muchas personas no creerían en la existencia de éste ni en su unidad. Así que, los ciegos, los que no quieren ver la verdad de mis asertos, pueden gritar cuanto quieran; aunque no tan sabio como Sócrates, me alabo, como hacía él, de no conocer otra cosa que el amor, y, por lo tanto, voy á procurar deducir algunos de sus preceptos, para evitar á los que se hayan casado ó traten de casarse el trabajo de romperse la cabeza: pronto tocarán sus resultados.

Ahora bien, todas nuestras precedentes observaciones se resuelven en una sola proposición que puede ser considerada como el último término ó como el primero, si se quiere, de esta secreta teoría del amor, que acabaría por aburrirnos si no le diésemos pronto cima. Este principio está contenido en la siguiente fórmula:

LVII

Entre dos seres susceptibles de amor, la duración de la

*en razón directa de la resistencia primitiva de la mujer ó de los obstáculos que los azares sociales oponen á vuestra dicha.*

*porque indudablemente una esposa se queja sólo con su mujer*

Si sólo os dejan desear un día, es fácil que vuestro amor no dure ni tres noches. ¿Cuáles serán las causas de esta ley? No lo sé. Si miramos en torno nuestro, vemos que las pruebas de esta regla abundan: en el reino vegetal, las plantas que tardan más en crecer son las que gozan de existencia más larga; en el orden moral, las obras hechas de ayer mueren mañana; en el orden físico, el seno que viola las leyes de la gestación produce un fruto muerto. En todo y por todo, una obra de duración tiene que ser incubada por el tiempo. Un largo porvenir exige un largo pasado. Si el amor es un niño, la pasión es un hombre. Esta ley general que rige á la naturaleza, á los seres y á los sentimientos, es precisamente la que infringen todos los matrimonios, según hemos demostrado. Este principio ha dado origen á las fábulas amorosas de la Edad media: los Amadis, los Lancelotes, los Tristanes de los Fabliaux, cuya estancia amorosa parece con razón inverosímil, son las alegorías de esa mitología nacional que nuestra imitación de la literatura griega ha matado en flor. Estas originales figuras, dibujadas por la imaginación de los trovadores consagraban esta verdad.

LVIII

Nosotros sentimos apego más ó menos duradero á las cosas, según los cuidados, los trabajos ó los deseos que nos ha costado conseguirlas.

Todo cuanto nuestras meditaciones nos han revelado sobre las causas de esta ley primordial de los amores, se reduce al axioma siguiente, que es principio y consecuencia de sí mismo.

LIX

En todo y por todo no se recibe más que en razón directa de lo que se da.

Este último principio es tan evidente que no nos entretendremos en demostrarlo. Nos limitaremos á hacer una observación que, á nuestro juicio, no carece de importancia. El que dijo:

En este mundo traidor  
Nada es verdad ni mentira,  
Todo es según el color  
Del cristal con que se mira.

proclamó un hecho que la inteligencia humana, sofista por naturaleza, interpreta á su modo, pues parece realmente que las cosas humanas tengan tantas facetas como inteligencias las examinan.

No existe en la creación ninguna ley que deje de estar contrarrestada por otra ley contraria: en todo y por todo, la vida se resume en el equilibrio de dos fuerzas naturalmente opuestas. En el objeto que nos ocupa, en amor, es indudable que si dais demasiado, no recibiréis bastante. La madre que muestra á sus hijos toda su ternura, hace nacer en ellos la ingratitud, que quizá proviene de la imposibilidad en que se encuentra uno de poder corresponder á tanto amor. La mujer que ama más de lo que es amada, tiene que verse necesariamente esclavizada. El amor duradero es el que mantiene siempre en equilibrio la fuerza de dos seres. Ahora bien, este equilibrio puede establecerse siempre: aquel de los dos que ame más, debe amoldar su cariño al cariño del que ame menos. Después de todo, ¿qué menor sacrificio puede pedírsele á un alma enamorada, y con cuánto gusto no lo hará ésta sabiendo que el amor depende de ese equilibrio?

¿Qué sentimiento de admiración nace en el alma del filósofo al ver que, sin duda, no hay más que un principio único en el mundo, del mismo modo que no hay más que un Dios único; y que nuestras ideas y nuestros afectos están sometidos á las mismas leyes que rigen el movimiento del sol, el brotar de las flores y la vida toda del universo...

Sin duda hay que buscar en esta metafísica del amor las razones de la siguiente proposición, que arroja viva luz sobre la cuestión de las Lunas de Miel y de Hiel.

## TEOREMA

El hombre puede pasar de la aversión al amor; pero cuando ha empezado amando y termina odiando, jamás vuelve á amar.

En algunas organizaciones humanas los sentimientos son incompletos, como lo es el pensamiento en algunas imaginaciones estériles. Así como las potencias intelectuales están dotadas de la propiedad de aprehender las relaciones que existen entre las cosas, sin sacar conclusión de ellas, de la facultad de apreciar cada relación separadamente, y de la fuerza de ver, de comparar y de expresar, así las almas pueden concebir los sentimientos de una manera perfecta. El talento, lo mismo en amor que en cualquier otro arte, consiste en la reunión en un solo ser de las potencias de concebir y ejecutar. El mundo está lleno de gentes que cantan canciones sin retornelo, que tienen porciones de idea y de sentimiento, y que no coordinan los movimientos de sus afectos ni los de sus ideas. En una palabra, que son seres incompletos. Unid una inteligencia clara á otra pobre y prepararéis la desgracia; pues en todo es necesario el equilibrio.

Dejamos á los filósofos tenorios y á los conquistadores de trastienda el gusto de investigar los mil modos como los temperamentos, las posiciones sociales y la fortuna rompen los equilibrios, y vamos á examinar la última causa que influye en la postura de las lunas de miel y la salida de las lunas de hiel.

Existe en la vida un principio más poderoso que la vida misma. Este principio es un movimiento cuya rapidez procede de un impulso desconocido. El hombre desconoce el misterio de este movimiento, como la tierra ignora las causas de su rotación. Este no sé qué, que yo llamaría con gusto la corriente de la vida, se sobrepone á nuestra ideas más queridas, dispone de la voluntad de la mayor parte de los hombres y nos arrastra á todos á pesar nuestro. A esto se debe sin duda el que un hombre de buen sentido, que no dejará de satisfacer sus pagarés si es comerciante, habiendo podido evitar la muerte ó cosa más cruel aún! una enfermedad, observando una práctica fácil, pero cotidiana, se

\* En el mismo caso el hombre de pasar lo mismo.

vaya á la sepultura, después de haberse dicho todas las tardes: « ¡Oh! tengo que curarme, mañana no me olvidaré las pastillas ». ¿Cómo explicar esta extraña fascinación que nos domina en todas las cosas de la vida? ¿Es falta de energía? no, porque los hombres de mayor fuerza de voluntad están sometidos á ella; ¿es falta de memoria? tampoco, porque gentes que poseen esta facultad en el más alto grado están también sujetos á ella.

Este hecho, que todos han podido observar en el prójimo, es una de las causas que excluyen á la mayor parte de los maridos de la luna de miel. El hombre más prudente, aquel que haya vencido todos los escollos que ya hemos señalado, no evita á veces los lazos que él mismo se tiende engolfándose en los negocios.

He observado que el hombre obra con el matrimonio y sus peligros como con las pelucas, y quizás las siguientes frases acerca de la peluca darán una fórmula de la manera de mirar el casado los peligros del matrimonio.

PRIMERA ÉPOCA.—¿Acaso tendré yo nunca canas?

SEGUNDA ÉPOCA.—En todo caso, si llegara á tener canas, no llevaría nunca peluca. ¡Dios mío! ¡qué fea es la peluca!

Un día, oís una voz joven, que el amor ha hecho vibrar muchas veces, que exclama: ¡Cómo! ¿tienes ya una cana?...

TERCERA ÉPOCA.—¿Por qué no he de ponerme una peluca tan bien hecha que engañe á todo el mundo? Se encuentra no sé qué satisfacción en pegársela á todos; además, la peluca da calor, preserva á uno de constiparse, etc.

CUARTA ÉPOCA.—Lleváis la peluca tan bien puesta que engañáis á todos los que no os conocen.

La peluca os preocupa sobremanera, y el amor propio os convierte todas las mañanas en rival de los peluqueros más hábiles.

QUINTA ÉPOCA.—La peluca descuidada... ¡Dios mío! ¡qué fastidioso es tener que quitársela todas las noches y peinarla todas las mañanas!

SEXTA ÉPOCA.—La peluca deja ver algunos cabellos blancos, se mueve, y el observador ve en vuestra nuca una línea blanca que forma contraste con los matices más oscuros de la peluca circularmente remangada por el cuello de la levita.

SÉPTIMA ÉPOCA.—La peluca parece hecha con grama, y,

permitidme que os lo diga ¡hasta vosotros mismos os buréis de ella!

—Caballero—me dijo una de las poderosas inteligencias femeninas que se han dignado iluminarme en algunos de los pasajes más oscuros de esta obra,—¿qué sentido da usted en su obra á aquello de la peluca?

—Señora—le respondí,—cuando un hombre llega á ser indiferente respecto de la peluca, es... es... lo que probablemente no es su marido de usted.

—Mi marido no es... (La dama titubeó como buscando la palabra.) No es... amable; no es... robusto; no es... de carácter igual; no es...

—Entonces, señora, ¿podrá ser indiferente á la peluca?

Nos miramos; ella con dignidad muy bien fingida, yo con imperceptible sonrisa.

—Veo—le dije—que es preciso respetar mucho los oídos del sexo débil, porque es lo único que tiene casto.

Tomé la actitud del hombre que tiene que revelar algo importante, y la hermosa dama bajó los ojos como si sospechase que tendría que ruborizarse durante mi discurso.

—Señora, hoy no se ahorcaría, como en otro tiempo, á un ministro por un *si* ó por un *no*; un Chateaubriand no torturaría á Francisco de Foix, ni nosotros llevamos la espada al cinto dispuesta á vengar la injuria. Ahora bien, en un siglo en que la civilización ha hecho tan rápidos progresos, que se nos enseña cualquier ciencia en veinticuatro lecciones, todo ha tenido que recibir ese impulso hacia la perfección. Ya no podemos hablar la vigorosa, tosca y ruda lengua de nuestros antepasados. La edad en que se fabrican tan finos y brillantes tejidos, muebles tan elegantes y porcelanas tan ricas, tenía que ser la edad de las perifrasis y de las circunlocuciones. Es preciso que procuremos forjar alguna nueva palabra para reemplazar á la cómica expresión de que se sirvió Moliere: puesto que, según ha dicho un autor contemporáneo, el lenguaje de este gran hombre es demasiado libre para las damas que, por otra parte, opinan que la gasa es tela demasiado espesa para sus vestidos. Ahora, la gente vulgar, lo mismo que los sabios, no ignora el gusto innato que los griegos sentían por los misterios. Esta poética nación supo imprimir un colorido fabuloso á sus antiguas tradiciones históricas. A la voz de sus rapsodistas, unidos á sus poetas y trovadores, los reyes se

convertían en dioses, y sus aventuras amorosas en inmortales alegorías. Según Chompré, licenciado en derecho y autor clásico del *Diccionario Mitológico*, el Laberinto era «un recinto cercado lleno de árboles y de edificios dispuestos de tal manera, que cuando un joven entraba en él, no volvía á encontrar nunca la salida». Aquí y allí ofrecíanse á su vista floridos setos, pero en medio de una multitud de paseos de árboles que se cruzaban en todos sentidos y presentaban siempre á la mirada un camino uniforme; entre los zarzales, las rocas y los espinos el paciente tenía que luchar con un animal llamado el Minotauro. Pero si quiere usted hacerme el favor de recordar, señora, que el Minotauro era, de todos los animales cornudos, el que la mitología consideraba como más peligroso; que, para librarse de los estragos que hacía, los atenienses se habían resignado á entregarle, un año con otro, cincuenta vírgenes, no participará usted del error de ese buen señor Chompré, que no ve en ello más que un jardín inglés, y verá usted en esta ingeniosa fábula una delicada alegoría, ó, mejor dicho, una fiel y terrible imagen de los peligros del matrimonio. Las pinturas descubiertas recientemente en Herculánun (1) vienen á confirmar por completo esta opinión. En efecto, los sabios creyeron por mucho tiempo, guiados por algunos autores, que el Minotauro era un animal medio hombre y medio toro; pero la quinta plancha de las antiguas pinturas de Herculánun representa al monstruo alegórico con el cuerpo de hombre, menos la cabeza, que es de toro, y, para que no quede duda alguna, yace vencido á los pies de Teseo (2). Pues bien, señora, ¿por qué no habíamos de pedir á la mitología que venga en auxilio de la hipocresía que nos invade y nos impide reír como reían nuestros antepasados? Cuando una joven no ha sabido extender bien ante el mundo el velo con que toda mujer decente oculta su conducta, cuando nuestros antepasados lo hubiesen dicho todo lisa y llanamente

(1) Herculánun es una ciudad de la Campania, antigua provincia del Imperio Romano, la cual, habiendo sido sepultada por la lava del Vesubio el año 79, empezó á descubrirse en 1713, gracias á los hallazgos de un campesino de Portici en el momento en que estaba abriendo un pozo.—(N. del T.)

(2) Héroe griego, hijo de Ejea y décimo rey de Atenas. Es muy conocido por sus trabajos que tienen mucha analogía con los de Hércules. Su existencia se remonta al siglo XII (antes de Jesucristo).—(N. del T.)

con una palabra, usted, como otra porción de hermosas damas amigas de reticencias, se contenta con decir: «—¡Ah! sí, es muy simpática, pero...—Pero ¿qué?...—Pero suele ser *inconsecuente*». Señora, mucho tiempo he pasado buscando el sentido de esta última palabra, y sobre todo la figura retórica por medio de la cual le hacéis expresar lo contrario de lo que significa; pero mis meditaciones han sido vanas. Vert-Vert ha sido, pues, el último que ha pronunciado la palabra de nuestros antepasados; pero, por desgracia, lo hizo dirigiéndose á inocentes religiosas, cuyas infidelidades en nada atacaban el honor de los hombres. Para mí, cuando una mujer es inconsecuente, el marido está *minotaurizado*. Si el minotaurizado es un hombre galante, si goza de cierta estimación, cosa á que son acreedores muchos maridos, aunque sólo sea por compasión, entonces, hablando de él, soléis decir con voz dulce y reposada: «El señor A... es un hombre digno de estimación, su mujer es muy bonita, pero se dice de él que no es completamente feliz en su hogar». De modo que el hombre estimable, desgraciado en su hogar, el hombre que tiene una mujer inconsecuente, ó el marido minotaurizado, no son otra cosa que los maridos de que habla Moliere. Ahora bien, diosa del gusto moderno, ¿te parece bastante casta la trasparencia de estas expresiones?

—¡Dios mío!—dijo ella sonriéndose,—si el fondo es el mismo, ¿qué más da expresarlo de una manera que de otra?

Y haciéndome un pequeño é irónico saludo desapareció, yendo sin duda á reunirse con esas condesas de prefacio y todas esas criaturas metafóricas que tan frecuentemente emplean los novelistas para rehacer ó componer manuscritos antiguos.

Respecto á vosotros, seres menos numerosos y más reales que me leáis, si hay alguno que haga causa común con mi campeón conyugal, os advierto que no llegaréis á ser de pronto desgraciados en vuestro hogar. El hombre llega gradual é insensiblemente á ese estado conyugal. Es más, hay muchos maridos que son desgraciados hace ya mucho tiempo en su hogar, y ni siquiera se han dado cuenta de ello. Esta evolución doméstica se opera siempre según ciertas reglas; pues las evoluciones de la luna de miel son tan seguras como las fases de la luna celeste y se aplican á todos

los matrimonios. ¿No hemos probado que la naturaleza moral tiene sus leyes como la naturaleza física?

Como hemos dicho ya anteriormente, vuestra esposa no aceptará nunca un amante sin hacerse serias reflexiones. En el momento en que la luna de miel mengua, más que satisfacerlo, lo que habéis hecho es desarrollar en ella el sentimiento del placer; le habéis abierto el libro de la vida, y ella concibe fácilmente por el prosaísmo de vuestro fácil amor la poesía que debe resultar de la concordancia de las almas y de los impulsos voluptuosos. Como un tímido pajarillo, espantado aún del ruido de un tiroteó que cesó, la mujer saca la cabeza fuera del nido, mira en torno suyo y contempla el mundo; y, habiendo adivinado la solución de la charada que le habéis propuesto, siente instintivamente el vacío de vuestra pasión que languidece. Adivina que sólo con un amante podrá reconquistar el delicioso imperio de su libre albedrío en materia de amor.

Habéis secado madera que estaba verde para una hoguera que no tardará en aparecer.

En la situación en que os encontráis ambos, no hay mujer, por virtuosa que sea, que no se haya considerado digna de una gran pasión, que no haya soñado con ella y que no se crea inflamable; pues siempre hay amor propio por exagerar las fuerzas de un enemigo vencido.

—Si el oficio de mujer decente no fuera más que peligroso, pase...—me decía una anciana dama;—pero es además aburrido, y no he encontrado ninguna mujer virtuosa que no pensara en hacer alguna traición.

De modo que antes de presentarse ningún amante, una mujer discute, por decirlo así, su legalidad; sufre un combate que tiene lugar en su interior entre los deberes, las leyes, la religión y los deseos secretos de una naturaleza que no tiene más freno que aquel que ella misma se impone. Desde este momento comienza para vosotros un orden de cosas completamente nuevo; este es el instante en que la naturaleza, esa indulgente y bondadosa madre, hace la primera advertencia á todas las criaturas que tienen que correr algún riesgo. La naturaleza ha puesto un cascabel en el cuello del Minotauro, como en la cola de esa terrible serpiente, espanto del viajero. Entonces siente vuestra mujer lo que nosotros llamamos *primeros síntomas*, y desgraciado del que no ha sabido combatirlos. Los que al leer este libro

recuerden haberlos visto manifestarse antes en su casa, pueden pasar á la conclusión de esta obra, que allí encontrarán consuelo.

Esta situación en que permanece un matrimonio por más ó menos tiempo, será el punto de partida de nuestra obra, así como el término de nuestras observaciones generales. Un hombre de talento ha de saber notar los misteriosos indicios, los signos imperceptibles y las involuntarias revelaciones que una mujer deja escapar entonces; pues la Meditación que sigue podrá, á lo sumo, revelar los rasgos más salientes de dicha situación á los neófitos de la sublimidad del matrimonio.

## MEDITACIÓN VIII

### DE LOS PRIMEROS SÍNTOMAS

Cuando vuestra mujer entra en la crisis en que la hemos dejado, vosotros os creéis en completa seguridad. Habéis visto tantas veces el sol, que empezáis á creer que ha de lucir siempre. Ya no prestáis á las menores acciones de vuestra esposa aquella atención que os infundía el primitivo fuego de vuestra naturaleza.

Esta indolencia es causa de que muchos maridos no se aperciban de los síntomas con que sus mujeres anuncian la primera tormenta; y esta disposición de ánimo ha contribuido más que la ocasión, que los coches de punto, que los canapés y que los cuartos reservados, á minotaurizar á los maridos. Este sentimiento de indiferencia por el peligro es, hasta cierto punto, producido y está justificado por la aparente calma que os rodea. La conspiración tramada contra vosotros por el millón de solteros hambrientos parece ser unánime. Aunque todos estos tenorios se odien y no dejen de conocerse, una especie de instinto contribuye á que obren siempre de acuerdo en esta materia.

Cuando dos jóvenes se casan, los esbirros del Minotauro, jóvenes y viejos, tienen generalmente el buen tino de dejar completamente entregados á sí mismos á los dos esposos. Consideran al marido como á un operario encargado de

desbastar, tallar, pulir y montar el diamante que ha de pasar un día de mano en mano para ser admirado en todos los círculos. Así, pues, la presencia de un matrimonio joven muy enamorado es siempre causa de alegría para aquellos solteros á quienes se ha dado en llamar calaveras, y que tienen buen cuidado de no turbar el trabajo que debe aprovechar á la sociedad; saben también que las grandes pasiones duran poco, y se mantienen á la expectativa, al acecho, espiando con una astucia increíble el momento en que los dos esposos empiecen á descender del séptimo cielo.

El tacto con que los solteros descubren el momento en que el cierzo comienza á helar el amor de un matrimonio, sólo es comparable á esa negligencia que se apodera de los maridos cuando empieza á aparecer en su hogar la luna de miel. Existe además en el acto de galantear un momento de madurez que es preciso saber esperar. El gran hombre es el que sabe comprender y adivinar á ciencia cierta todo lo que las circunstancias pueden dar de sí. Esos hombres de cincuenta y dos años, que en otra ocasión hemos presentado como tan peligrosos, comprenden perfectamente, por ejemplo, que un hombre que ofrece su amor á una mujer y es rechazado altaneramente por ella, será recibido con los brazos abiertos tres meses después. Verdad es que, en general, las personas casadas dejan ver su frialdad con la misma sencillez que denuncian su amor.

En esa época en que recorréis con vuestra mujer los encantadores campos del séptimo cielo, permaneciendo acampados en ellos más ó menos tiempo, según los caracteres, como lo prueba la Meditación precedente, frecuentáis poco ó nada la sociedad. Felices en el interior de vuestro hogar, si salís, lo hacéis únicamente como los amantes, para asistir á una gira campestre, para ir á un espectáculo nuevo, al estreno de un drama, etc. Desde el momento en que reaparecéis, juntos ó separados; desde el momento en que se os ve acudir con asiduidad á los bailes, á las fiestas, á todas esas frívolas distracciones creadas para evitar el vacío del corazón, los solteros adivinan que vuestra mujer va á buscar allí distracciones; pues la casa y su marido la aburren.

Llegados á este estado, el soltero sabe que tiene andada la mitad del camino. En tal situación, estáis á punto de ser minotaurizados, y vuestra mujer tiende á llegar á ser in-

consecuente: es decir, al contrario, será consecuente en su conducta, razonará con una profundidad asombrosa, y no veréis en ella más que amor y pasión. Desde este momento, no faltará en apariencia á ninguno de sus deberes, y procurará aparecer tanto más virtuosa, cuanto menos lo sea en realidad.

Nunca la veréis más afanosa por complaceros. Procurará indemnizaros de la secreta lesión que trama contra vuestra felicidad conyugal, por medio de pequeñas caricias que os harán creer en la perpetuidad de su amor. De ahí viene el proverbio que dice: *Dichoso como un tonto*. Las mujeres, según su carácter, ó desprecian á su marido por lo mismo que saben engañarle, ó le odian, si se ven contrariadas, ó sienten hacia él una indiferencia que es peor mil veces que el odio.

En este caso, el primer síntoma que presenta la mujer es una gran excentricidad: desea olvidarse de sí misma, aturdirse, pero sin esa avidez propia de los esposos completamente desgraciados. Se viste con sumo cuidado con objeto, según ella, de halagar vuestro amor propio, atrayendo las miradas de todos los hombres en las fiestas y en las reuniones.

Vuelta al seno de sus aburridos penates (1), la veréis á veces, ya sombría y pensativa, ya risueña y alegre como si tratara de aturdirse, ó ya adoptando el aire de un alemán que va á entrar en combate. Tan frecuentes variaciones anuncian siempre la terrible incertidumbre de que hemos hecho mención.

Hay mujeres que leen novelas para mantener viva la imagen hábilmente presentada y siempre diversificada de

(1) Los antiguos tenían la costumbre de enterrar los cuerpos en las casas, y el pueblo crédulo se imaginó que las almas permanecían allí, cual genios bienhechores y propicios. De ahí el culto á los dioses lares, bajo cuya protección se colocaba la prosperidad de las familias. Los dioses lares vienen á ser lo mismo que los dioses penates, que eran también dioses domésticos. En un rincón del hogar solían colocar pequeñas estatuas representando á los dioses lares y penates. En medio de ellas había un perro, símbolo de adhesión y fidelidad.

En poesía se usan frecuentemente las palabras *lares* y *penates*, y así se dice: *dejar sus lares, volver á ver sus lares*, por abandonar la casa paterna ó volver á ella. Virgilio representa á Eneas saliendo de Troya y llevando consigo á sus dioses penates.—(N. del T.)